

# UNA ASCENSION

667 (46.551) V

AL

## PICO DE TEIDE.



1852.

---

ROMANCE EN 8 CANTOS

*por*

D. Juan de la Puerta Canseco.



SANTA CRUZ DE TENERIFE.—1854.

---

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. VICENTE BONNET,  
Calle de S. Francisco núm. 10.



UNA ASCENSION

II

POEMA DE FINIS

—\*—\*—\*—\*—

1852

ROMANCE EN 2 CANTOS

por

D. Juan de los Rios y Carasco.



SANTA CRUZ DE TENERIFE.—1854.

Imprenta y Librería de D. Vicente Bonnet,  
Calle de S. Francisco número 10.



## A MIS COMPAÑEROS DE VIAGE.

---

Este romance ó poema  
O lo que sea, os dedico:  
Es nuestra ascension al Pico  
Que, por cierto no es pamema.  
Si la crítica me quema,  
No será á mi solo, no;  
Tambien al que me incitó  
Ha de alcanzarle el chubasco,  
Porque tendrá en este chasco  
Tanta culpa como yó.

*Agosto 3 de 1854.*

J. P. C.



## A MIS COMPAÑEROS DE VIAJE.

---

Este romance ó poema  
O lo que sea, es dedico:  
Es nuestra ascension al Pico  
Que, por cierto no es poema.  
Si la critica me premia,  
Yo seré á mi solo, no;  
Tambien al que me insaló  
Ha de alcanzarle el chapasco,  
Porque tendré en este caso  
Tanta culpa como yo.

Agosto 3 de 1884.

J. P. C.





## UNA ASCENSION AL PICO

DE TEIDE



## HASTA ZAMORA.

### I.

Pun! pun! pun!—¿Quién es? Quien llama?  
—Arriba, holgazan, arriba!  
—¡Voto á tal! si aun es de noche...  
—Vamos, hombre, ya es de dia  
y conviene aprovechar  
esta refrescante brisa  
de la Aurora compañera...  
¡Arriba, holgazan. arriba!  
—Voy, señores; mas paciencia  
tened, por que la infinita  
Mansion con ella se alcanza.  
—La tendremos ¡Voto à Cribas!

Estas voces y otras varias  
en un todo parecidas,  
alborotaron gozosas  
el barrio en que yo vivia,  
momentos antes que Apolo  
en Agosto la visita  
nona (1) hiciera á Tenerife.

(1) 9 de Agosto de 1852.



los vecinos y vecinas  
con las caras macilentas  
á los postigos salian,  
para conocer la causa  
de la estraña algarabía  
que les robara en mal hora  
de Morfeo las caricias.

Acelerado vestíme,  
salí á la calle, y la silla  
me recibió de una mula,  
que talla de asno tenía.

Poquito á poco unas veces  
y algunas otras de prisa,  
seguí con mis compañeros  
de la Orotava la vía;  
pues es el punto de escala  
de todos los que visitan  
de Canarias el Gigante.

Y Pero ya es bueno que diga  
que amigos me acompañaban:  
eran Nicasio, Matias (1)  
y Pepe, ¡vaya tres nenes!  
todos ellos á porfia  
dispensadores de bromas,  
abonados á la risa.

Sin ocurrencia notable  
llegamos á *Agua Garcia*,  
bosque estenso y delicioso.  
¡Ay! el alma se estasia  
al recordar que el jamon,  
los huevos, las longanizas  
y otras muchas *ensaladas*  
aliviaron las fatigas  
de viage tan dilatado!

Junto al Naciente, tendida  
una manta recibió  
los productos de cocina,  
que asesinaron en breve  
los gusanos que roian  
sin compasion los estómagos  
de sus desdichadas victimas.

Cuando estuvo satisfecha

(1) José D. Dugour, D. Nicasio Lopez y D. Matias Guigou .



*esa pasión fementida*  
 que heredamos al nacer,  
 en busca de sabandijas,  
 insectos y caracoles,  
 tomamos la cuesta arriba  
 los unos, mientras los otros,  
 sobre la yerba mullida,  
 horizontales los cuerpos,  
 observaban cual caían  
 con mil caprichosos giros,  
 las hojas, que desprendía  
 el vivaz fluido invisible,  
 de las ramas que dominan  
 el pintoresco barranco:  
 no respondo que sería  
 la observacion prolongada;  
 porque à mi vuelta dormían.

Eran ya las dos cabales  
 del segundo medio dia,  
 cuando tomamos de nuevo  
 el rumbo que antes se indica;  
 y llegamos à Matanza,  
 ¡ay Jesus! quien lo diría!  
 muertos de hambre y de cansancio;  
 ¡ya se ve!; casi es cumplida  
 la distancia de dos leguas!

El jamon, la siestecilla,  
 y el de Canarias, los brios  
 nos volvieron; y en seguida  
 en los jamelgos montamos,  
 y à muy poco dimos vista  
 al Teatro de la España,  
 con los bravos de Castilla,  
 mostró que la era posible  
 domeñar la bizarria  
 de los hijos de las peñas,  
 gigantescos como su isla,  
 cuyo pueblo desde entonces  
 la *Victoria* denominan.

Tambien vimos luego el Valle  
 de Taoro, donde habitan  
 de los Menceyes las almas,  
 de los Vergeles las ninfas.

Ya la enemiga de Febo



por el oriente tendia  
 sus negras alas, brumosas,  
 encubridoras de intrigas,  
 velando del firmamento  
 la faz azulada y limpida:  
 ya alguna radiada estrella  
 en el zenit relucia:  
 ya las fosfóricas olas  
 apenas se percibian  
 bullentes, girar en torno,  
 por el céfiro impelidas,  
 de los flotantes vageles,  
 cuando entre nubes blanquísimas  
 vimos alzarse las torres  
 de la coquetuela Villa  
 á un lado; mientras al otro  
 el Puerto, que sin valia  
 lamenta la suerte infausta  
 que tirana le aniquila.

No tardaron las tinieblas  
 en circundar atrevidas,  
 con su manto denso, oscuro,  
 árboles, casas y cimas,  
 acémilas, caminantes,  
 buques, olas y campiña.

En medio de ellas nosotros,  
 cual la tortuga camina,  
 bajamos lomas pendientes,  
 corrimos sendas torcidas,  
 tropezando á cada paso,  
 con peligro de la crisma.

Vimos alfin un cortijo,  
 una venta ó alquería,  
 donde resinosa tea  
 en cantidad bien crecida  
 habia en forma de hachones.

Allí hicieron nuestros guias  
 abundante provision  
 de esas hachas primitivas;  
 sirviéndonos el recurso  
 para no ser, á fé mia,  
 en aquella noche lóbrega  
 de los guijarros las víctimas.

Mas debo aquí consignar



que rara impresion sentia  
al columbrar en las sombras  
mil objetos, con mentidas  
formas, que al punto cambiaban  
en otras mas indecisas.

Allá un drago corpulento  
de pronto me parecia  
un almenado castillo  
con sus muros y cornisas,  
sus torres, y hasta agregaba  
en mi ilusion, el vigia.

De otro lado numerosa  
de salteadores cuadrilla,  
figuraban los picachos  
de alguna cresta vecina.  
Pero al punto estas visiones  
en otras se convertian  
de caracteres diversos,  
de circunstancias distintas.

Ya en el lugar del castillo  
un fantasma aparecia  
de tremendas dimensiones,  
aunque con piernas torcidas.

Ya en vez de los bandoleros  
es procesion concurrida  
con santos, mangas, pendones  
y allá á lo lejos la hermita;  
todo lo cual se trocaba  
en magnífica corrida  
de toros, luego en entierro,  
que al punto desaparecia.

Si por acaso distante  
se oia alegre cantiña,  
en el feraz Arautápala  
creaba mi fantasia  
ruidosas fiestas que el guanche  
Bentinerse, con envidia  
de sus hermanos, gozaba  
cantando su rebeldia.

Otras veces á Bencomo,  
de mirada noble y rígida,  
el Tagóror presidiendo,  
me parece que veia,  
y no muy léjos á Dásil,



aun mas que las hadas linda  
al valeroso Tinguaro  
de envidiable nombradía,  
y otros notables patricios  
de costumbres tan sencillas  
como esforzados rivales  
de los nobles Maninidras.

Pero hablaremos un poco  
de nuestras fisonomías,  
por el cansancio alteradas,  
por el sueño casi lívidas,  
que tambien merecen algo  
¿No es verdad, lectoras mias?

Mas si las vierais entonces  
con la tez rojo-amarilla,  
veladas de vez en cuando  
por el humo de resina;  
ojos saltones y fieros,  
mirada torva y sombría,  
os aseguro que huyerais  
al punto despavoridas,  
creyendo que de demonios  
una multitud precita  
algo mas que á intimidaros  
desde el Averno venia.

Llegamos así á Zamora,  
pero no á la ciudad sita  
en el reino de Leon  
(¡Salud cara patria mia!)  
A Zamora la situada  
entre el Realejo y la Villa,  
que en *regio Alcazar* consiste.....  
Pero ya os daré otro dia  
su descripcion, porque al pronto  
mi atencion solo está fija  
en la *donosa matrona*  
de *encantadora sonrisa*,  
de *dulce y casta mirada*,  
y de *elegancia infinita*,  
que esperaba en el dintel  
con perfumadas bujias  
y un poco atras el conserge,  
á la andante comitiva  
que con tiempo la anunciara



tan agraciable visita.

Subimos, por ella guiados,  
à una estancia tan lindísima,  
como abundante en *arañas*,  
como en *colgaduras*, rica.

Ostentábase en el centro  
lujosa mesa servida  
de succulentos manjares,  
de espumosa malvasia,  
vinos color de topacio  
y de frutas esquisitas.

Cenamos como se cena  
cuando un viage se termina.

Despues que las buenas noches  
le dimos à la *garrida*  
*Castellana*, en lechos blandos  
tendidos las letanias  
rezamos, luego Morfeo  
sin ceremonia maldita  
à los párpados impuso  
la contribucion debida.

Y à tí, lector, si te place  
dormir como yo dormia,  
túmbate sin cumplimientos  
que nadie te lo critica.





EN ZAMORA.

II.

Hacia mas de tres horas,  
que las sombras ahuyentara  
la lumbrera de los mundos,  
aquella que encadenadas,  
tiene á su foco las órbitas  
de los planetas que vagan,  
sin descanso en el espacio:  
que los pájaros trinaban  
saltando amorosamente  
de una rama en otra rama,  
sacudiendo de las hojas  
el rocío con las alas;  
que la laboriosa abeja  
en las doridas retamas  
libaba el dulce alimento:  
que los *don Diegos* cerraran  
sus corolas solo abiertas  
mientras la Natura estaba  
sumerjida en el letargo  
de que Apolo la sacara,  
sin que nosotros, por eso,  
pensásemos de entre sábanas  
salir; pero de improviso  
una larguísima tabla  
de un tabique divisorio  
cayó, abarcando las camas  
de dos de mis compañeros,  
quienes por fortuna estaban  
acostados con los rostros  
vuelto hacia las almohadas,  
y así el golpe recibieron  
entre las corbas y espaldas. ✓

Prorrumpimos todos cuatro  
en alegres carcajadas,  
trabándose aun sin vestirnos  
tan descomunal batalla,  
que los zapatos y medias,  
botas, chalecos y capas  
cruzábanse por el aire



con prontitud estremada.

Entusiasmados abrimos varios sacos que encerraban tubérculos del *Solanum* (1) aunque no del *dulcamara*, y con ellos la pelea se hizo mas encarnizada.

Empero todas las cosas en este mundo se acaban, y terminóse la lucha, que por cierto nos legara un apetito soberbio.

Vestímonos y en la estancia penetró un poco mas tarde la nunca bien ponderada señora de aquel Castillo, è invitónos *cortesana* à sentarnos à la mesa: la servidumbre de gala sirvió un espléndido almuerzo que trasladamos *sin gana* de las fuentes al estómago.

En seguida, del Alcazar bajamos à los *jardines*, en los cuales se encontraban sobre pedestales aereos de mármol bellas estatuas, de jaspe pulidas fuentes, cenadores, mesas varias que en la elegancia de formas maravilla eran *dozava*.

Los caprichosos dibujos de los cuadros destacaban las mas primorosas flores que se crian en el Africa, Europa y Oceanía, y aun las de América y Asia, para mas embellecerlos allí fueron trasplantadas.

En los estanques mil peces, de colores jugueteaban, saltando de cuando en cuando

---

(1) *Patatas.*



sobre las límpidas aguas  
para despues deslizarse  
hasta el fondo entre las algas.

Los gilgueros y canarios,  
que el soplo domesticára  
de aquel pensil delicioso,  
felices reboloteaban,  
saludándonos al paso  
con las mas dulces piadas.

Cien cristalinos arroyos  
en la pradera cercana,  
graciosamente ondulando  
por el césped serpenteaban,  
despeñándose allá lejos  
formando la catarata  
mas vistosa que un poeta  
en su mente imaginara.

Tal, entonces, lector mio,  
aquel rincon se encontraba;  
mas deleitoso sin duda,  
que la primitiva Atlántida,  
que los *Jardines Hespérides*,  
ó la region decantada  
en que un *Dragon corpulento*  
*manzanas de oro guardaba.*

Mas puede, si le visitas,  
que al presente no halles nada  
de esas tantas lindas cosas  
que dejamos mencionadas;  
y en su lugar un plantio  
de raquílicas patatas,  
de maiz algun sembrado,  
ó ya sea de cebada,  
y como cosa notable  
alguna marchita parra,  
cuya savia el *Oidium Tuckeri*  
destructor, tenga viciada

Que en vez de feudal castillo  
alguna vestusta casa  
de cenicientas paredes,  
con las puertas desquiciadas,  
hospitalidad te ofrezca;  
y que en vez de altiva dama  
solo salga a recibirte



una marilornes zafia,  
de mosletes colorados,  
de sombrero á la truana,  
de pies ó *patas* callosas  
y con el gofio (1) empolvada.

Si sucede, ten paciencia,  
por que no todos alcanzan  
igual dicha en este mundo;  
considera que en campaña  
unos recogen la gloria  
y otros fatigas y balas.

En lo restante del día  
vimos la hacienda llamada  
vulgarmente de los Príncipes. (2)

¡Oh que sorpresa tan grata  
la fortuna, en aquel sitio,  
me tenia reservada!

¿Cuál hombre no experimenta  
si está lejos de su patria,  
placer inmenso, inefable  
si un paisaje ó una planta  
ó otro objeto se asemeja  
á aquellos que en ella se hallan?

¿Quién describir la alegría  
podrá que conmueve el alma  
cuando, sin pensar, hallamos  
un amigo que nos habla  
de los lugares queridos  
donde feliz nuestra infancia  
transcurrió entre las caricias  
de una madre idolatrada?

Nunca, nunca, Ortiz honrado,  
olvidar podré la estancia  
de los escasos momentos,  
que hice en tu pulcra morada.

Apesar de los dolores  
que tu existencia acibaran  
¿recuerdas la complacencia  
con que uno a uno citabas  
los pueblos de las riberas  
que el Órbigo y Esla bañan?

(1) Harina de cebada, maiz ó trigo tostado.

(2) Esta hacienda la reservo por sí, despues de la conquista de Tenerife, el Adelantado mayor D. Alonso F. de Lugo.



¿Qué yo henchido de amor patrio  
en detall te enumeraba  
los puntos mas principales  
de aquella ciudad situada (1)  
entre el Torio y Bernesga?

¿Que la antigua *Gran Coyanza* (2)  
donde lanzaron mis ojos  
la primitiva mirada,  
ocupó algunos instantes  
nuestra atencion? Pero basta,  
basta, Ortiz, ya de ilusiones  
y lamentemos la amarga  
realidad, que estamos lejos  
nos dice, de nuestra patria.

Ya de vuelta en el castillo  
ó en Zamora si te agrada  
mejor, dimos sepultura  
en las anchurosas panzas  
á unas lonchas del jamon  
y algunos pollos en salsa,  
con lo cual, lector querido,  
si es que has tenido cachaza  
de leer hasta esta línea,  
considera terminada  
aquesta segunda parte  
que, por cierto, es asaz larga.

(1) Leon.

(2) Hoy es Valencia de D. Juan.





## DESPUES DE ZAMORA.

### III.

Aun estaba el firmamento  
de estrellas mil tachonado,  
que débilmente alumbraban  
las montañas y los llanos  
muellemente adormecidos  
de la noche en el regazo:  
Todavía no se oyera  
el tercer cantar del gallo,  
repetido como el eco  
desde los pueblos al campo;  
ni tampoco plañideras  
las campanas anunciado  
habian, de la mañana,  
el nacimiento preclaro,  
cuando la marcha emprendimos,  
en nuestros valientes jacos,  
hacia el *Celífero Atlánte*,  
hacia el Coloso bizarro  
de las Fortunadas Islas.

Nos acompañaba un práctico  
y tres mezos que cuidaban  
de un fuerte mulo cargado  
con sabrosas provisiones:  
(á mi ver, es necesario  
para dar cima á una empresa,  
el imitar á Heliogábalo.)

Al cabo de diez minutos  
aquel punto atravesamos, (1)  
donde sus reales Bencomo,  
de frente á los Castellanos,  
fijó algunas horas ántes  
de convertirse en vasallo  
de los egregios Monarcas  
D.<sup>a</sup> Isabel y Fernando.

(1) Realejo bajo.



Subimos por las laderas  
de Tigayga (1) á Icod el Alto,  
quizá por la senda misma  
por dó los guanches bajaron  
tres y medio siglos ántes  
en su arrogancia humillados,  
para someterse á Lugo.

Iba envolviendo entre tanto  
la Aurora, con su alba túnica,  
los montes y los collados,  
y á las yerbillas y flores  
bellos matices donando.

Nosotros, siempre impertérritos,  
aunque el camino es bien malo,  
avanzamos por el borde  
izquierdo de aquel barranco  
que llaman del *Dornajito*.

Cuéntase que en él, antaño,  
en la parte mas profunda,  
en donde nunca los rayos  
del lueiente astro del dia  
benéficos penetraron,  
habia incrustado en la roca  
una especie de *dornajo*  
el cual de agua se llenaba,  
sin saber como ni cuando,  
fria ó templada unas veces  
y otras hirviendo. Lo raro  
era que en los *siete* dias  
primeros de cada un año,  
se inflamaba cual si fuese  
alcohol de *setenta* grados.

Allí entonces las doncellas,  
de *siete* lustros abajo,  
cautelosas se acercaban,  
retornando al breve rato,  
unas con rostros alegres  
otras tristes ó llorando.

Parece ser que atrevidas  
esponian una mano  
á las llamas azulosas,  
resultando del ensayo

(1) Montaña que por el O. domina el Valla de Taoro.



que las que ilesas quedaban  
de siete meses, al cabo,  
obtenian un marido  
tan rico como gallardo.

Ved aquí por que las otras  
lloraban, y no es extraño,  
pues casi siempre en las hembras  
del despecho es resultado.

¡Cuántas, cuántas sentirán  
que hoy no exista aquel oráculo!

Dejamos atras el *Lance*  
donde un lance no muy grato  
me ocurrió; fué de este modo:  
queriendo probar si el paso  
tiene suave, como dicen,  
de San Francisco el caballo,  
soltè mi cabalgadura  
la cual, aunque no hace al caso,  
mas que Judás era falsa,  
mas que el dicho de un gitano.

Agradecida, sin duda,  
por que la habia aliviado  
del peso de mis *canillas*,  
alzó los traseros cuartos,  
con intencion la mas sana;  
pues queria que un halago  
recibiese y aplicóme,  
sin advertir de antemano  
su intencion, una herradura  
en el uno de mis brazos.

Hizo luego una pirueta,  
dió de tres brincos à cuatro,  
dejó oir su voz tonante  
y despues... échala un galgo.

Aquí fueron los apuros  
de los tres pobres muchachos,  
y sobre todo, los mios.

Corrimos desesperados,  
en pos de la fugitiva,  
como si fuésemos gamos,  
por despeñaderos horridos;  
mas la prófuga, entretanto,  
taimada se habia escondido



tras un pequeño ribazo  
en donde fué aprisionada.

Yá era tiempo, por que en patos,  
si algo mas dura la fiesta,  
de seguro, nos trocamos.

Nada de estraño tendria  
¡En el mundo hay tantos gansos!

Montè de nuevo en la bestia;  
para evitar otro chasco,  
no volví á soltar la brida,  
ni un instante, de la mano.

Pasamos por la *Huronera*,  
que es de *Tigayga* un retazo,  
y á las siete no cabales  
junto al manantial nombrado  
de *Pedro*, todos tendidos  
sin inquietud almorzamos.

Nuestro guia, hombre de genio,  
de los guias el dechado,  
que era almacen de leyendas  
y una enciclopedia andando,  
nos contó, miéntras en calma  
el almuerzo reposamos,  
la historieta que dió nombre  
al manantial mencionado.

Dijo así: «En aquellos tiempos  
«de las brujas y los trasgos;  
«en que hereges se quemaban  
«y hechiceros y endiablados  
«á fin de que no sufriera  
«la Religion menoscabo,  
«habia en un valle ameno  
«un cortijo solitario  
«donde Paquita moraba.  
«Paquita la del dorado  
«cabello, gentil donaire,  
«la de ojos negros rasgados.  
«La zagala encantadora,  
«la de coralinos labios  
«que celosos ocultaban,  
«como en su seno el Atlántico  
«esconde las blancas perlas,  
«unos dientes nacarados.



«Allí vivía ignorada,  
«mas no fué por tiempo largo,  
«pues la Fama tuvo de ella  
«noticia, por un acaso,  
«é infló los anchos carrillos,  
«sopló en el bronce ahuecado,  
«cuyo sonido vibrante  
«tendiéndose en el espacio,  
«celebró belleza tanta  
«en los países lejanos.

«En uno que tiene el nombre  
«en extremo revesado,  
«dejaba correr los días  
«tranquilamente Venancio,  
«mozo de fuerzas hercúleas,  
«alta talla, bien plantado,  
«de muy arrogante mirada,  
«rostro fiero, aunque simpático,

«Mas al oír que à Paquita  
«elogios tan continuados  
«por do quier la tributaban,  
«rindió à impulso del Tirano  
«cieguezuelo, su alvedrio,  
«y la amó... por el retrato.

«Hizo entonces su maleta,  
«olvidó los lares patrios  
«y sufriendo mil azares  
«llegó al puerto mas cercano.

«Desde allí una carabela  
«el undoso mar sulcando,  
«le condujo hasta estas playas  
«en mal hora ¡Desdichado!

«¡Cuan imposible creia  
«que al acercar à sus labios  
«amorosos la dorada  
«copa, que estaba brindando  
«à su exirtir con la dicha,  
«se haria dos mil pedazos,  
«que punzantes desgarraran  
«su corazon,...! Ignorando  
«en donde encontrar podria  
«à su bien idolatrado,  
«llanuras, cumbres, y bosques,



«los pueblos y despoblados  
«recorrió con indecible  
«rapidez, mas sin lograrlo.  
«Perdida ya la esperanza  
«(la deidad que al desgraciado  
«pocas veces abandona,)  
«triste, amarillento, flaco  
«erraba de cerro en cerro  
«por un delirio insensato  
«impelido sin cesar.  
«Un dia ¡Oh dia infausto!  
«al subir de una montaña  
«por el pendiente costado,  
«se desprendió una ancha piedra  
«bajo sus inciertos pasos,  
«y hasta el fondo del abismo  
«los dos unidos rodaron.

«Pero, señores, la boca  
«tengo seca que es un pasmo  
«permitidme que me beba  
«de este buen vino un buen trago.

## UN PARENTESIS.

### IV.

Despues de una pausa breve  
el práctico continuó  
la narracion comenzada  
de este modo: «En la mansion  
«de Paquita habia fijado  
«su campamento el Amor  
«entre tanto, y picaresco  
«heria sin compasion  
«al mozo que se acercaba  
«indiscreto. Respetó  
«á la niña por lo pronto;



«mas preparaba traidor  
«aguda decha en la aljada  
«y aquel tierno corazon  
«desgarrar se proponia,  
«segun mas tarde efectuó.

«Mil suspiros y protestas  
«de pura y veraz pasion,  
«la fada de aquellos valles  
«sin conmoveirse escuchó:  
«ninguna allá dentro el alma  
«donde mora la ilusion  
«sonora de fibra en fibra  
«cual eco repercutió.

«Mas si al amor de ninguno  
«pudo consagrar amor,  
«casta les desahuciaba  
«con tan suave y dulce voz,  
«que amantes ser no pudiendo,  
«aspiraban con ardor  
«á una sincera amistad  
«que ella nunca les negó.

«Pero no obstante, habia uno  
«que secreta adoracion  
«á su pesar la rendia;  
«á su pesar, por que á atroz  
«martirio fué condenado  
«desde el momento en que amó.

«Este tal llevaba el nombre  
«del Santo que del Señor,  
«antes que el gallo cantase,  
«por tres veces renegó,  
«y despues arrepentido  
«en un oscuro rincon,  
«penitente, avergo izado,  
«tamaña culpa lloró.

«Pedro, pues, tenia el rostro  
«tan feo que daba horror,  
«chico el cuerpo y jorobado,  
«las piernas en forma de hoz,  
«bronca la voz y antipática...  
«pero el alma era aun peor.

«En la quiebra de una roca  
«estaba su habitacion,



«asaz agreste y salvaje  
«para ocasionar pavor  
«al que allí se aproximaba.

«Un día desde ella vió  
«salir del bosque á Paquita  
«de sus corderos en pos.

«Lanzóse de risco en risco  
«tan audaz como veloz,  
«y llegando á la presencia  
«de la jóven, así habló:

—«Zagala la mas donosa  
«que ha criado el Hacedor,  
«concédeme un solo instante,  
«óyeme por compasion.

—«Habla, pues, que ya te escucho;  
«temblorosa contestó.

—«Hoy hace justos dos años:  
«apenas doraba el sol  
«estas pendientes montañas;  
«¿Te acuerdas? Con mi azadon  
«al hombro me dirigia  
«de la selva al interior  
«do me esperaba el trabajo.

«Yo era entonces, sí por Dios,  
«el mas feliz de los hombres.

«Tras ceniciento peñon,  
«en el césped recostada,  
«de pronto se apareció  
«ante mi vista, entre flores,  
«la mas primorosa flor,  
«de la que todas ansiaban  
«el delicado arrebol.

«Esa eras tú y estasiado  
«te contemplé, y cual vision  
«etérea desapareciste  
«legándome á mi el dolor.

«Despues al sitio volví  
«mil veces, pero no halló  
«mi esperanza ni un consuelo:  
«comprendia la aversion,  
«que mi figura monstruosa  
inspirar debia. Por  
dos veces á tu presencia



«mi locura me llevó,  
 «y en ámbas ¡ay de mí! obtuve  
 «nuevas pruebas de rigor  
 «con que el hado me persigue  
 «sin tregua ni compasión.

«Amistad me has ofrecido

«¿Para que la quiero yo?  
 «solo amor mi amor pretende  
 «¿Podrás ofrecerme amor?

— «No, Pedro, me es imposible;  
 «tal me dicta el corazón,  
 «y engañarte no es mi anhelo.

— «Y que esto escuche? ¡Oh furor!  
 «La indiferencia tan solo  
 «das en premio à mi pasión?

«Està bien; basta de quejas:  
 «Si natura me donó  
 «rostro y cuerpo repugnantes,

«si pobre mi condicion  
 «es tambien, no tengo culpa;  
 «pero en cambio, por quien soy!

«he de probar que en mi alma  
 «no cabe la humillacion.  
 «Te rogué y no me atendiste:

«lloré à tus pies sin rubor,  
 «y quizá tú de mis lágrimas  
 «te burlabas ¡Maldicion!

«Al presente ya no ruego,  
 «dispongo como señor...

«Tú despreciaste mis penas,  
 «las tuyas desprecio yo.

«Ea, pues, has de seguirme,  
 «como le agrada mejor  
 «de voluntad ó por fuerza.

— «¡Infame! ¿Que pretension  
 «abriga tu alma impudente?  
 «¿Qué asechanzas à mi honor  
 «has preparado?

— Ninguna,  
 «como solo siempre estoy  
 «ansio tu compaña.

— «Apártate, malhechor,



«que solo de haberte oído  
«cubre mi frente el baldón.

«Aparta, huye, ¿No conoces  
«que si llega aquí el autor  
«de mis días, por tal mengua,  
«para ti no habrá perdon?

—«Bien sabes que no vendrá.

«Te espresas con tal calor  
«que por poco cambiar haces  
«mi inmutable decision.

—¿Con que me sigues de grado?

—«Antes la muerte, no, no.

—«Como gustes, me es lo mismo...

«y con perversa intencion  
«de improviso hacia Paquita  
«prestamente se lanzó,  
«asiéndola por el talle.

—«Sueltame, inicuo raptor  
«gritaba la pobre niña  
«al advertir que emprendió  
«con ella veloz carrera.

«El impetuoso Aquilon  
«no conduce leve pluma  
«en sus alas de vapor,  
«con rapidez tan inaudita  
«como aquel verificó.

«Al cabo de unas dos horas  
«de anhelante agitacion,  
«consecuencia del peligro  
«que salvara, penetró  
«en una oscura caverna,  
«donde, pospuesto el temor  
«sobre un lecho de hojarasca  
«la carga depositó.

«Mientras tanto que la niña  
«los sentidos y el vigor  
«recobraba, de la gruta  
«la entrada disimuló  
«con tal arte que imposible  
«fuera hallarla. De eslabon  
«provisto y un pedernal  
«hizo fuego y encendió



una hoguera, que esparcía  
vivificante calor.

«Buscó à su víctima despues,  
«pero ya no la encontró  
«en donde antes la dejara.

«Agitado, un grueso hachon  
«preparó de roja tea,  
«y con él les registró,  
«uno por uno los ámbitos  
«de aquel antro aterrador,  
«sin que una huella tan solo  
«marcase la direccion  
«que la prófuga siguiera.

«Furioso se abalanzó  
«de la gruta hácia la entrada,  
«y cual réprobo de Dios,  
«lanzando horribles blasfemias  
«en las quiebras se perdió.

«Entonces la cauta niña,  
«poseida del terror,  
«de la grieta bienhechora  
«que por suerte la ocultó  
«à los ojos del bandido,  
«sin perder la precaucion  
«tan precisa en el momento,  
«tras su enemigo salió,  
«y tambien entre las breñas,  
«mas en otra direccion  
«de la que Pedro siguiera,  
«muy luego desapareció.





## CONTINUACION DEL PARÉNTESIS.

**V.**

«Mas volvamos á Venancio,  
 «que entre escombros y malezas  
 «yace herido, moribundo,  
 «lanzando sentidas quejas  
 «contra la suerte nefanda  
 «que así impia te atormenta.  
 «Allí hubiese fenecido  
 «lejos de toda vivienda,  
 «sin abrigo ni alimento,  
 «sin un auxilio siquiera  
 «que á la muerte disputara  
 «tan malhadada existencia,  
 «si no llegara por suerte,  
 «una aldeana benéfica  
 «y con un cendal finísimo  
 «le vendara la cabeza.

«No fué en vano aquel socorro;  
 «pues al cabo de hora y media  
 «de cuidados, en el brazo  
 «se apoyó de su enfermera,  
 «y con paso vacilante  
 «se arrastró hasta una caverna  
 «que el acaso les mostrara  
 «entre rocas, allí cerca.

«La quietud de algunos dias,  
 «y del amor la influencia,  
 «desde entonces concentrado  
 «en la aldeana hechicera  
 «que le arrancara á la muerte,  
 «le devolvieron las fuerzas  
 «del cuerpo, si bien el alma  
 «quedó herida mas de veras.

«Comprendió que el Ser querido  
 «de su ilusion, era aquella



«niña cándida y hermosa,  
«de alma tan pura y angélica,  
«y con frases balbucientes  
«dióla á conocer sus penas.

«Ella advirtió al mismo tiempo  
«que tambien, por vez primera,  
«su corazon albergaba  
«pasion ardorosa, intensa,  
«por el gallardo mancebo.

«Paquita, porque otra no era  
«la que huyendo del malvado  
«Pedro de una en otra breña  
«hasta aquel barranco umbrío  
«el azar la candujera,  
«olvidó todos sus males  
«á impulso de tantas nuevas  
«sensaciones como en su alma  
«nacieron sin comprendelas.

«Felices con su cariño  
«aceleraron la vuelta  
«al cortijo, do reinaba  
«gran zozobra por la ausencia  
«prolongada de la niña.

«Apenas llegó, dió cuenta  
«á su acongojado padre,  
«de las tristes ocurrencias  
«que de casa la alejaron:  
«díjole al par la manera  
«como entre piedras hallara  
«al jóven, que á su presencia  
«conducia, y no olvidando  
«manifestar la ternura  
«que ya á los dos corazones  
«enlazaba, se prosterna  
«á sus plantas y llorosa  
«que haga su dicha le ruega.

«El padre, que de Paquita  
«la felicidad desea,  
«consiente en que de Venancio  
«sea por siempre compañera!

*CW*



«Era de un día la aurora,  
«riente naturaleza  
«sus primores ostentaba  
«de la cumbre á la ribera.  
«Por una senda tortuosa  
«bordada de madre selvas,  
«de gozosos aldeanos  
«descendia una veintena,  
«lanzando alegres *lurridos*  
«y engalanados de fiesta.

«Estaba entre ellos Venancio  
«y su amante placentera,  
«en cuyos rostros brillaba  
«la ventura mas suprema.  
«No era extraño, pues sus pasos  
«iban rectos á la iglesia  
«para que Dios aprobara  
«lo que amor les ofreciera.

«Tornaron à poco tiempo  
«y en la apartada vivienda  
«de Paquita, comenzaron  
«los bailes y cantinelas.

«Mientras tanto, no muy lejos,  
«Pedro, oculto en la maleza,  
«por los celos deborado,  
«esa furia que atormenta  
«de mil maneras distintas  
«al alma, sin darla treguas,  
«acechaba, cual el tigre  
«del desierto cauto acecha  
«el momento de lanzarse  
«à la sorprendida presa,  
«una ocasion oportuna  
«para trocar de la fiesta  
«la alegria en llanto y luto,  
«y así vengar las ofensas  
«que obcecado presumia  
«que su pasion recibiera.

«No tardó esta en presentarse,  
«pues la confiada pareja,  
«para eytar de importunos  
«las miradas indiscretas



«y entregarse por entero  
«á las caricias que anhelan,  
«salieron y se alejaron  
«de la morada paterna.

«Al pié de un mocan florido,  
«sobre una alfombra de yerba,  
«se sentaron, y bien pronto  
«tan sólo en su dicha piensan.

«Negras nubes presagiaban  
«una horrisona tormenta;  
«algunas ráfagas de aire  
«denso y cálido revelan  
«cuán pronto los elementos  
«romperian sus cadenas.

«En efecto, al breve instante,  
«una lluvia asaz espesa  
«descendia entre relámpagos  
«sobre las Canarias sierras.  
«Los de casa embebecidos  
«en la jarana, no aciertan  
«á concebir en la atmósfera  
«la mudanza tan completa.

«Llaman á Paca y Venancio  
«y no reciben respuesta;  
«por todos lados les buscan  
«en vano, no los encuentran:  
«salen, en fin de la casa  
«en direcciones diversas  
«y á los que al mocan arriban  
«el alma de horror les llena  
«el angustioso espectáculo  
«que á su vista se presenta.

«Nadando en su propia sangre  
«yacen tendidos en tierra  
«los dos amantes esposos  
«que mil dichas se ofrecieran.

«Pedro dejó su venganza  
«largamente satisfecha.

.....



«Algunos años mas tarde,  
«al pie de esta fuente misma,  
«un anciano demacrado  
«por austera penitencia,  
«alargaba tembloroso  
«las manos calenterientas  
«y en su hueco recogia  
«un poco de agua, y con ella  
«el mal estar mitigaba  
«de la fiebre que le aqueja.

«En su rostro se advertia  
«del remordimiento impresa,  
«con los rasgos mas profundos,  
«esa repulsiva huella,  
«que aunque se cubra de lágrimas,  
«siempre el crimen representa.

«Notó, empero, resignado  
«que veloz su hora postrera  
«se acercaba y alegrose  
«porque tan crudas dolencias  
«à su término tocaban.

«De rodillas se prosterna;  
«una oracion fervorosa  
«al Autor Supremo eleva  
«dando al cabo de un instante  
«de sus culpas cuanto estrecha.

«Este anciano era aquel Pedro  
«que en la tarde de tormenta  
«cometió el nefando crimen  
«que origina esta leyenda.

«Ved aquí por que esta fuente  
«de agua tan pura y tan fresca,  
«que à los viageros auxilia,  
«el nombre de Pedro lleva.





# ASCENSO.

## VI.

Despues de haber descansado hora y media por lo menos junto á la antedicha fuente, montamos en los jamelgos, y en la ruta comerezada nos empeñamos de nuevo.

Avanzando algunas toesas se encuentra el *Asomadero*, desde cuya altura el Valle de Taoro, cual portento de hermosura, se presenta á la vista del viagero.

Atravesamos el *monte* que se llama, segun creo, *del Corral quemado*, á causa de que en un voraz incendio muchas cabras se abrasaron y el redil do las metieron.

Mas adelante advertimos, desde el *Lomo del Helecho*, que en espiral se elevaba humo blanquecino y denso, procedente de los montes de Icod, (1) que estaban ardiendo.

Al *Monte Verde la Piedra de Pastores* sigue luego, en cuya imponente altura tienen estos sus recreos.

Ibamos ya asáz cansados al llegar del *Chupadero* á la *Cumbre*, y á la sombra de las retamas, por eso, en sendos vasos bebimos sabrosísimo refresco. 5

(1) Icod de los viños.



Las nueve y tres cuartos eran,  
 y bien cumplidas, por cierto,  
 cuando salvar pretendíamos  
 la *Degollada del Cedro*  
 à cuya màrgen se estiende  
 la llanura que el *Natero*  
*del Cedro* la denominan.

Se asemeja à un lago inmenso,  
 pues la forma piedra pomez  
 molida de ceniciento  
 y blanco color mezclados:  
 à la derecha saliendo  
 parece están de las aguas  
 roquetes amarillentos,  
 y los arbustos del màrgen  
 ilusionan por completo.

Al salir de esta llanura,  
 en la cual baño de fuego  
 recibimos, pues los rayos  
 del sol, su ardiente reflejo,  
 y la carencia de brisa  
 causan asfixiante efecto,  
 descansamos à la sombra  
 de retamas y codesos,  
 hasta las once y dos cuartos.

Entonces mis compañeros  
 y yo, los mozos y guia,  
 todos por demas sedientos,  
 con precaucion emprendimos  
 de las cabras un ojo.  
 Acorralamos à varias,  
 y à esta dejo à aquella quiero  
 aprisionamos no pocas  
 que leche nos ofrecieron.

Mas al ordeñarlas eran  
 todos los apuros nuestros  
 por falta de receptàculo  
 para el líquido benéfico,  
 objeto de tantas ansias,  
 foco de tantos anhelos,  
 pues los vasos olvidamos  
 de la bestia en los arreos.



Este, mamar proponía;  
aquel tenderse en el suelo,  
abrir la boca y la leche  
recibir que otro estrayendo  
fuese: algunos pretendían  
que se ordeñase en el hueco  
de las manos, puesto que era  
el mas espedito medio.

Entonces yo prontamente  
echè mano á mí sombrero  
y formando de él vaso,  
zanjè tanto contratiempo.  
Bebimos mucho y de prisa,  
¡Pues si era nectar del cielo  
aquella gustosa leche!  
y tras este refrigerio  
á la caza de un cabrito  
enfilamos mil esfuerzos,  
coronando nuestra empresa  
la prision de uno soberbio.

El guia, que era entendido,  
le desolló en un momento,  
y conserbamos la marca  
que se encontraba en el cuero,  
para pagar á la vuelta  
su justo valor al dueño.  
Del *Llano de los Rastrojos*  
nos detuvimos al término  
á la una y cuarto cabales,  
à fin de que el alimento  
nos devolviese las fuerzas  
que íbamos casi perdiendo.

Pero à todo esto olvidaba  
el reseñar el aspecto  
que desde su falda ostenta  
el Coloso sin ejemplo.

Era del lado del Este  
donde le estábamos viendo  
elevarse majestuoso  
cual sosten del firmamento.

Su base estensa y jaspeada  
de rojo color y negro,



se asienta en campo de pomez  
que la abraza por completo.

Las basálticas laderas  
con precipicios horrendos,  
se replegan en la cima  
en declive barto violento  
formando un cono truncado,  
sobre el cual otro perfecto,  
si bien mas chico, descansa.

En este segundo cuerpo  
vetas blanquecinas forman  
del Testigo de los tiempos  
la plateada cabellera.

Por entre rocas saliendo  
se ven de las obsidianas  
visos, cual del sol destellos.

Ante mole tan grandiosa  
se para absorto el viajero,  
y con entusiasmo esclama:  
«¡Salud, obra del Eterno!»

A las dos y cuarto justas  
por el tortuoso sendero  
de la falda del Oriente  
comenzamos el ascenso.

Como la pendiente es rápida  
abrazamos el pescuezo  
de las bestias, temerosos  
de desmontar de reverso,  
y llegamos á la *Estancia*  
de: acaba el primer repecho,  
en el transito empleando  
treinta minutos completos.

Allí unos breve instantes  
quisimos tomar aliento,  
y á las tres y cinco hollamos  
de la otra *Estancia* el terreno.  
Esta es la *Estancia de Ingleses* (1)  
que goza de tanto crédito,  
cuyo nombre la han legado  
esa clase de extranjeros

(1) Se halla á la altura de 4552 toesas sobre el nivel  
del mar.



à causa de hacer en ella  
noche al amor de un buen fuego.

Montados siempre, atrevidos  
íbamos siempre subiendo  
salvando de paso en paso  
horribles despeñaderos,  
cuyos bordes deleznable  
el peligro hacen mas cierto,  
hasta llegar à la *Estancia*  
que llaman de los *Neveros*, (1)  
ó de otro modo *Alta vista*.

Presumo que los primeros  
hemos sido que à ese punto  
han llegado en pies ajenos;  
arrojo que, à quien nos siga,  
el no imitar le aconsejo.

— «Aquí, dijonos el práctico,  
hacen alto los arrieros  
cuando vienen por la nieve  
hasta la *Cueva del hielo*.»

Nosotros tambien paramos,  
pero con el doble objeto  
de abandonar los bridones  
y de lanzones proveernos  
que nuestro paso afianzaran  
en tales derrumbaderos.

Un magnífico espectáculo  
vino entonces à sorprendernos.

Era la sombra del Teide  
que de su base partiendo  
por los mares se tendia  
alzándose allà mas léjos  
sobre el azul horizonte,  
para mostrar gigantesco,  
del Echeyde portentoso,  
perfectísimo modelo.

Continuamos nuestra marcha  
aunque con trabajo inmenso,  
pues aquel piso consiste  
en peñascos superpuestos  
sin enlace, que arrojara

(1) 4660 Toesas sobre el nivel del mar.



el volcan en otro tiempo.

Todos íbamos alegres á escepcion de un cempañero que de la *Estancia de Ingleses* hasta arriba, los mareas constantes le molestaron; y apesar de sus deseos de llegar pronto á la cima, le acometi6 el desaliento.

Nuestras sostenidas bromas nuevos brios le infundieron, y aunque con pena, sigui6nos, su mal estar distraiendo las ráfagas de blanco humo que el cráter lanza en esceso, á las cuales ilumina el sol poniente de lleno, haciéndolas que parezcan á veces, lenguas de fuego.

Llegamos á la *Rambleta*, (1) que al pie del último cerro el *Pan de azucar* nombrado, está formando un estenso plano, sobre el cual hay muchos del volcan respiraderos.

Eran las seis y tres cuartos y estaba ya anocheciendo, precisándonos la causa á buscar donde pudiésemos pasar la noche al abrigo de los mortales efectos, que en region tan elevada produce el frígido cierzo.

Una hondonada pequeña recogíonos en su seno: con las mantas abrigados, los est6magos repletos, sin pensar que peladillas componian nuestro lecho, procuramos muy de veras entregarnos á Morfeo;

(1) 4852 Toesas sobre el nivel del mar.



mas nuestra intencion burlada  
quedó, como ya veremos.

## DESCENSO.

### VII.

¡Caramba! noche terrible  
pasamos allí, en verdad;  
es manifiesto milagro  
que lo podamos contar.

Acurrucados apenas  
bajo las mantas, glacial  
viento dejó sentirse.

Temerosos por demas  
de pagar caro el arrojó,  
procuramos, cada cual,  
con los peñascos y capas  
la corriente interceptar.

Formamos compacto grupo,  
pero el calor natural  
por instantes se alejaba  
en alas del huracan.

Apesar de esto dormimos  
un momento nada mas,  
de una manera intranquila,  
pues funesto mal estar  
nos atacó de improviso;  
causábalo la infernal  
emanacion del azufre  
que impedia el respirar.

Sufrimos este disgusto  
y otros muchos ademas  
sin pensar torcer en nada  
nuestro meditado plan.

A las tres y cuarto oimos  
el conocido *chas chas*  
que produce con las piedras,



de las lanzas el chocar.

Describir es imposible  
la sensación ideal  
que tal causa nos produjo  
en aquella soledad.

En pie me puse de un brinco  
y con tono gutural  
grité á los que se acercaban:  
—«Alto! Quien vive? Quien vá?  
En responder algun tiempo  
tardaron ¡es natural!  
pues al ver las negras formas  
se debieron figurar  
que las almas de los guanches  
que condenara *Achaman*  
á purgar en el Echeyde  
durante una eternidad  
las faltas á que *Guayota*  
les impelió, por su mal,  
se mostraban á impedirles  
el camino continuar.

Mas repuestos contestaron:

—*Espedicion!*— Bien está:  
que la *Espedicion* avance  
hasta el cuartel general  
de la que la ha precedido.

Llegaron sin replicar, (1)  
y bien pronto nos unia  
la franqueza mas cabal.

Ellos nos dieron licores,  
nosotros jamon y pan  
y del tiotillo canario,  
capaz de resucitar  
á un muerto, les ofrecimos.

En seguida, del Titan  
escalamos la cabeza  
aunque con dificultad.

En efecto, su ladera,  
casi perpendicular,  
esta vestida de lava

(1) Eran unos caballeros de la Villa.



molida, cual arenal.

Allí el paso no se afirma,  
camina uno para atrás  
otro tanto que adelante,  
haciendo desesperar  
al que con ansia pretende  
del viage ver el final.

El frio, por otra parte...  
Mas que *frio* ni que *san*:  
si preguntamos á un físico  
que no hay *frio* nos dirá,  
sinó *falta de calórico*:  
distincion harto esencial  
que tener se debe en cuenta  
para hablar con propiedad.

Así, pues, aunque al *infierno*  
íbamos pronto á llegar,  
decia que de calórico  
carencia habia total,  
por lo cual se congelaba  
el sudor al transpirar,  
paralizando los cuerpos  
de una manera fatal.

Tropezando aquí ó cayendo,  
ya rodando mas allá,  
ora sentados ó echados,  
ó bien sea en un ramal  
de calcinados pedruscos  
buscando donde apoyar  
nuestras destrozadas plantas;  
ya en medio la oscuridad  
evitando ser las víctimas,  
los que subian detras,  
de las lavas que rodaban  
hasta el fondo sin parar,  
nos vimos cerca del *cráter*  
á las cuatro ó poco mas,  
chocándose nuestros dientes  
á fuerza de tiritar.

En los capotes envueltos  
(abrigo poco eficaz  
para evitar los rigores  
de tan crudo temporal,)  
y acurrucados tras peñas



cuyas grietas siempre están  
destilando del azufre  
ácido en gran cantidad,  
esperamos de la Aurora  
el saludo matinal.

A las cinco entre celajes  
mostró su fúlgida faz,  
y en seguida el astro hermoso  
vino á la tierra á animar.

Entonces como la vispera,  
con una sorpresa igual,  
la oscura sombra del Teide  
vimos tendida en el mar  
y mas alta que las nubes  
en el horizonte alla,  
y que despues descendia  
muy poco á poco á la par  
que sabe el Rey del espacio  
á esparcir su claridad

La Gomera, en medio de ella,  
parecia el pedestal  
de aquel segundo gigante,  
por cierto, bien singular.

Conforme el dia avanzaba  
se calmaba el vendabal,  
permitiéndonos por último  
en el *cráter* (1) penetrar.

Pero al ir á ejecutarlo  
nos detuvo un triste *¡ay!*  
que uno de los otros jóvenes  
no pudo en su pecho ahogar.

Le preguntamos la causa,  
y nuestro paso o fué tal  
al conocerla, que todos,  
sin poderlo remediar,  
le espresamos con la risa  
mas ruidosa y mas jovial

Era el caso, que al guartarse  
del viento, sin reparar  
se acostó sobre la tierra  
empapada por demas  
en el ácido sulfúrico.

(1) 1906 toesas ó sean 15,25 pies sobre el nivel del mar  
que es la altura total del Pico.



y al quererle levantar  
advirtió cierto fresquito  
en la columna dorsal  
que llevar le hizo la mano  
con no poca brevedad,  
del cuerpo al punto que apoya  
en la silla al asentar.

A causa de la sorpresa  
lanzó el *jay!* sentimental  
que nos puso en conmoción,  
y que nos hizo temblar;  
pues del calzon una parte  
le arrebató Barrabas,  
dejándonos ver del todo  
lo que conviene ocultar.

Penetramos en el cráter, (1)  
estensa concavidad  
de elíptica forma y bordes,  
que cual muro vertical  
la cercan completamente,  
menos la parte que está  
en situación inclinada  
del lado meridional,  
donde se vé una ruptura  
que, sin duda, algun azar  
produgera, en las temibles  
erupciones del volcan,  
tanteando con las lanzas  
por mayor seguridad,  
pues el piso es una costra  
de azufre y lava falaz  
tan frágil, que bien pudiera  
por algun punto, quizá,  
sin ceremonia embocarnos  
en casa de Satanas.

Pero bien pronto adquirimos  
esa confianza audaz  
que hace arrostrar los peligros  
con toda serenidad;  
y recorrimos el cráter,  
que tambien suelen llamar  
*la Caldera del Echeyde*

(1) Según Humboldt el eje mayor del cráter tiene unos  
500 pies de Rey y 200 el eje menor



los naturales de acá,  
por todos aquellos sitios  
que pudimos registrar.

En la pendiente del norte  
muchos orificios hay  
por los cuales humo denso  
y vapores, sin cesar  
à las regiones etéreas  
se elevan en espiral.

Las grietas de aquellas rocas  
nunca cesan de manar  
el ácido sulfuroso  
con que empapadas están  
las interiores laderas:  
tambien se ven destilar  
aguas acidificadas  
en no escasa cantidad.

El amarilloso azufre,  
mas brillante que el cristal,  
reflejaba los colores  
del iris, bellos asaz.

Pero à todo esto el estómago,  
à quien nada se le dá  
de las lavas ni el azufre,  
nos manifiesta veraz  
que era ya muy conveniente  
las alforjas descargar  
para dar alivio al guia  
que estaba hecho un azacan.

Buscamos punto à propósito  
donde poder almorzar,  
y le encontramos al gusto  
en el reborde oriental  
cerca del arco formado,  
aunque algo irregular,  
por pardas piedras que el fuego  
convirtiolas casi en cal.

Como el sitio era abrigado,  
pudimos en él gozar  
de grata temperatura  
y entera comodidad.

En tan preciso negocio  
empleamos nada mas  
que cuarenta y tres minutos.



y desempeñando el cual,  
aunque por humo cercados,  
con toda tranquilidad.

Luego el bello panorama  
que se ve desarrollar  
à la vista, contemplamos  
con inusitado afán.

Las blancas nubes, cual olas  
que rizan al chocar,  
formando argentados grupos  
allí tendidas están  
à nuestras plantas, cubriendo  
montañas, valles y mar.

Mas atacadas de pronto  
por un cesirillo audaz  
se separan, dejan claros  
que permiten admirar  
decoracion bien distinta  
que acrecienta la ansiedad.

Las islas Gomera y Palma  
Canaria y Hierro mostrar  
consiguen sus altas crestas,  
si bien con dificultad.

Los pueblos, en miniatura  
tambien se ven deslizar  
bajo la sábana inmensa  
como mágica visual.

Describir es imposible  
la crecida variedad  
de bellas trasformaciones  
que se admiran sin cesar.

Altamente entusiasmados  
escribimos, cada cual,  
un pensamiento que al Teide  
era justo tributar;  
ofrenda que merecia  
su tanta celebridad.

Una botella en su seno  
encargóse de guardar  
el depósito, y acaso,  
donde se puso estará.

A las ocho y diez minutos  
principiamos à bajar.

Lo que, es cierto, se efectua



con mucha facilidad.

Solo yo sufrí el martirio que se puede imaginar considerando mis plantas vicinas del cascual, pues los traidores zapatos se empeñaron en quedar en el cráter, y eso que eran de flamante cordobán.

Las rocas, que hasta *Alta vista* la pendiente desigual forman, desde la una á la otra me obligaban á saltar exhalando ayes mas tristes que exhaló San Sebastian.

Junto á la *Cueva del Hielo* (1) un momento á descansar nos paramos admirando su rara espaciosidad desde fuera, pues en ella no es posible penetrar sin cuerdas, (2) por que la entrada es muy honda y vertical.

Apenas en *Alta vista* pude mis pies preservar con otro nuevo calzado, con suma celeridad, ya resbalando ó saltando sin de apoyarnos dejar en las lanzas que servicios nos prestaron de entidad, descendimos á la base, do tuvimos que esperar á los mozos y las bestias que se quedaron atrás.

Recogimos obsidianas, pomez mas de un ejemplar y azufre cristalizado hasta ver la alforja en ras.

Ya el Sol casi se encontraba encima del meridian primero, de los antiguos,

(1) 4752 toesas sobre el nivel del mar.  
 (2) Nosotras las dejamos olvidadas en *Alta vista*.



quando, volviendo á montar  
al bravo guia insintamos  
nuestra firme voluntad  
de ir á comer donde hubiese  
abundante manantial.

Dijonos él— *Alí fuequito  
hay uno que nos está  
convitando con sus aguas.*

Y comenzamos á andar;  
y una legua y otra legua  
y otras varias ademas  
recorrimos sin que el agua  
pudiésemos columbrar.

Perdida ya la paciencia  
esclamé yo— Don San Juan  
mi patrono, que estos es mucho  
para poderse aguantar.  
Señor guite, le rogamos  
que tenga usted la bondad  
de á do nos lleva, decirnos.

Y el solia contestar  
al ser así interpelado:  
— *Alí fuequito, en un pajarito.*

El hambre y la sed, nos obliga  
á nada considerar  
y aunque sedientos parámos  
en un verde retamal  
á cuya sombra las fuerzas  
pudimos rehabilitar.

Proseguimos luego el viage,  
que hubiera sido, en verdad,  
agradable á haber podido  
nuestras fances refrescar.

A las seis esclamé el guíazo  
con un tono magistral  
— *Señoras, alí Dormijito  
junto á la fuente están.*

Después por la Portadilla  
la Guancha y al caerá  
pasamos por que nuestro ánimo  
era el ir á pernoctar  
en el lecodado. Y nos  
y en efecto, ocharrabal  
de dicho pueblo pisamos.



cuando apenas vislumbrar  
se podian los objetos  
en medio la oscuridad.

## RETORNO

### VIII.

En la fonda desmontamos,  
donde, por nuestra fortuna,  
dormimos como lirones  
en blandos lechos de pluma,  
sin dar siquiera una vuelta,  
durante doce horas justas.

En la siguiente mañana  
recorrimos con premura  
del pueblo todas las calles,  
que, por cierto, no son muchas.

Su situacion pintoresca  
y la obsequiosa dulzura  
de sus cultos habitantes  
encantan sin duda alguna.

Emprendimos á las once  
en nuestras cabalgaduras  
un paseo á Garachico,  
á do llegamos á la una.

Aqueste antes rico pueblo,  
de muy notable hermosura,  
hoy existe lamentando,  
la desgracia que le abruma.

El comercio de él ha huido  
á causa de la ruptura  
de un volcan, que en *setecientos*  
*seis* (1) con su lava negruzca  
cogió aquel puerto el cual era  
de la Isla el mejor sin duda.

Vimos algunos conventos  
y en ellos lindas pinturas,

(1) Año de 1706.



y nos pareció la iglesia de elegante arquitectura.

Todo, empero, es harto triste, por la soledad circundada por la población de reinara y animación absoluta.

A las cinco á Icod volvimos sin que ocurriera ninguna notable nos sucediera durante toda la ruta.

Mas dentro ya de las calles, ¡oh terrible desventura! el boricua que montaba un compañero, con brusca cabriola dejó al ginete en lecho de piedras duras.

Pasado el primer disgusto, celebramos la aventura, la víctima cooperando, con estrepitosa bulla.

Cuando al otro dia estaba Febo en su máxima altura, provistos de hachones gruesos, hacia la *cueva profunda*, que dista tres cuartos de hora del pueblo y en la llanura del norte se halla situada entre las vides oculta, nos encaminamos todos.

La vista fija en la brújula, arrastrándonos primero, después con planta segura, recorrimos de aquel antro las sinuosidades curvas.

Llegamos sin mucha pena á la pequeña abertura que la Galea domina, cuya incisión solo alumbra de la cueva un corto espacio; y desde allí envuelta en bruma por las olas arrullada, vimos la Palma, de industria recinto privilegiado.

Aquel ramal de la gruta debió servir á los guanches de panteon, por eso abundan, en parte pulverizados,



los despojos de las tumbas.  
 Volvimos hacia la entrada  
 junto á la cual dificulta  
 el paso porcion de escombros,  
 y en la mina estrecha y húmeda  
 que hasta el pueblo se adelanta  
 penetramos sin pavora.

Avanzamos largo trecho  
 con dificultades sumas;  
 unas veces obligados  
 á andar como la tortuga  
 y escalandó en otras varias  
 peñones de vasta altura.

Estando ya los haciones  
 muy próximos á dar su última  
 boqueada, retornamos  
 por no quedarnos á oscuras  
 y encontrar en tal recinto  
 una muerte prematura.

Nada vimos de curioso;  
 estalacitas no hay una:  
 forma costados y techo  
 negra lava, que sin duda  
 se tendió sobre un barranco  
 al invadir la llanura,  
 produciendo á consecuencia  
 la cueva que nos ocupa.

Al salir nos refrescamos  
 con azucaradas uvas,  
 higos y doradas peras  
 y otras deliciosas frutas.

El dia despues tomamos,  
 ellos en jacos, yo en mula,  
 el camino del Realejo,  
 que es tortuoso y sin holgura.

Allá en San Juan de la Rambla  
 el pecado de la gula  
 cometimos, por que el hambre  
 nos acosaba importuna.

Continuamos sin tropiezo  
 hasta el *Callado*, la rula,  
 donde por poco una roca  
 que veloce se derrumba  
 desde elevacion inmensa,  
 á los cuatro nos sepulta.

El temor acometiónos  
 al comprender lo insegura



que nuestra existencia estaba,  
y con precaución alguna  
al galope atravesamos  
el lugar que tanto asusta.

Al cabo de pocas horas  
junto á una mesa profusa  
en manjares, que galante  
mi paisano Ortiz (1) con suma  
amable instancia ofreciones,  
grato solaz nos adula.

Su simpática señora,  
que es de él rival en finura,  
mil obsequios prodigiosos  
con eficacia oportuna,  
creando en nuestros corazones  
gratitud honda y segura.

Poco despues en Zamora,  
de prodigios tan fecunda,  
nos hallamos sometidos  
á la Castellana chusca  
que tanto nos estagiara  
con su feliz donosura.

Aquella noche tuvimos  
la incomparable fortuna  
de concurrir á un sarao  
magnífico sin disputa.

No describiré, por cierto,  
los adornos y esculturas,  
candelabros y festones  
que todo el salon circundan.

Nada diré de las damas  
que vagarosas circulan,  
esparciendo mil hechizos  
y causando mil torturas  
á los gallardos mancebos  
que en su derredor pululan;  
pues mi intencion es tan solo  
manifestar la apostura  
que unas y otros en baile  
desplegan, ya la cachucha  
ejecutando ó folias,  
ó la iza, que tan justa  
celebridad de Tenerife  
en las aldeas disfruta.

Ya colocados en circulo

---

(1) D. Vicente, Administrador de la Hacienda de los Príncipes.



marcha rápida y segura  
unos tras otros emprenden;  
ya se apartan, ya se juntan  
causando ilusión muy grata  
las enlazadas figuras.

Nos placian los acordes  
de una extemplada bandurria  
que la mas callosa mano  
negligentemente pulsa,  
pues el tocador es hábil  
aunque entonces disimula.

Terminó al fin el serao  
y con él grata tertulia;  
y cansados ya nosotros,  
del lecho fuimos en busca.

El otro dia á las once,  
después de haber con ternura  
mil adioses emitido  
á la Dama y gente suya  
moradores del Alcazar,  
directos á la Laguna  
nuestros pasos dirigimos.

En el camino las burlas  
y bromas y dicharachos  
y á veces graciosas pallas,  
que algunas alegremente  
y otras verdaderas furias  
las mugeres vendedoras  
ambalantes, que se juntan  
y ya á docenas ó á pares  
aquellos lugares cruzan,  
nos lanzaban, provocando  
á contestar con usura,  
divertiannas de modo  
que sin notarlo, una á una  
recorrimos las seis leguas  
que á la ciudad se calculan.

De este punto á Santa Cruz,  
alumbrados por la Luna,  
llegamos en hora y cuarto:  
al entrar gezosos huirtas  
lanzamos, pues los penales  
en torno nuestro se adunan.

Pero como ya es preciso  
que estos apuntes concluya,  
aquí doy fin, si no agraden  
lector mio, disimula.